

Miradas a la Agenda Latinoamericana

PAZ V. MILET, EDITORA

FLACSO-Chile

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Relaciones Internacionales y Militares de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella. Especial mención debemos hacer del apoyo de la fundación Ford en Nueva York para el proyecto Multilateralismo del siglo XXI. El desarrollo de FLACSO y su área de Relaciones Internacionales y Militares es posible por significativos auspicios de las fundaciones John D. and Catherine T. MacArthur, The William and Flora Hewlett Foundation y Fundación Ford en Santiago.

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se incluyen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización de FLACSO-Chile.

320.14 Milet, Paz V., ed.

M643 Miradas a la agenda latinoamericana. Santiago, Chile:
FLACSO-Chile, 1999.

132p. Serie Libros FLACSO

ISBN 956-205-137-4

GLOBALIZACION / DESARROLLO REGIONAL /
ESTRATEGIA DEL DESARROLLO / MUJERES / PO-
LITICA EDUCATIVA / ETNICIDAD / RELACIONES
CIVICO MILITARES / AMERICA LATINA / AMERICA
CENTRAL / CARIBE /

1999, FLACSO-Chile. Inscripción N° 110.243. Prohibida su reproducción.

Editado por FLACSO-Chile. Área de Relaciones Internacionales y Militares, Leopoldo Urrutia 1950, Ñuñoa.

Teléfonos: (562) 225 7357 - 225 9938 - 225 6955 Fax: (562) 225 4687

Casilla electrónica: flacso@flacso.cl FLACSO-Chile en el Web: <http://www.flacso.cl>

Diseño de portadas Nueva Serie Flacso: Osvaldo Aguiló

Diagramación: Claudia Gutiérrez, FLACSO-Chile

Producción: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile

Impresión: LOM

INDICE

Presentación: La agenda latinoamericana; reconocerla para diseñar una opción estratégica <i>Francisco Rojas Aravena</i>	5
Rasgos básicos de la economía global <i>Oswaldo Rosales</i>	13
Las principales fuerzas motivadoras de la agenda latinoamericana <i>Paz V. Milet</i>	31
Aproximación a una agenda latinoamericana <i>Msc. José Bell Lara</i>	39
La negociación de la globalización y la Agenda del gran Caribe <i>Edwin Croes</i>	51
Las mujeres latinoamericanas en el fin de siglo <i>Teresa Valdés</i>	59
La concertación de políticas educativas: una asignatura pendiente en la agenda latinoamericana de fin de siglo <i>Daniel F. Filmus</i>	69
De la “revolución india” a la “nación multicultural”. Aproximación a la relación etnicidad y política en América Latina <i>Sergio Villena Fiengo</i>	87
Segurança Internacional na América do Sul <i>Mario Cesar Flores</i>	111
Seguridad democrática en Centroamérica: aporías de un modelo <i>Bernardo Arévalo de León</i>	117
La relación civil militar en América Latina <i>Gabriel Gaspar</i>	125

LAS MUJERES LATINOAMERICANAS EN EL FIN DE SIGLO

TERESA VALDÉS¹

Sin duda, una de las transformaciones culturales y políticas más significativas del siglo que termina -en el mundo y en América Latina, en particular- está referida a la posición que ocupan las mujeres en todos los ámbitos de la vida social. Sucesivas olas y movimientos sociales liderados por mujeres, las sacaron de la relegación y marginación en que se encontraban transformándose en ciudadanas, fuerza de trabajo, actrices políticas y sociales y creadoras culturales. Estas fuerzas fueron el sufragismo y el feminismo, que, mirados en una perspectiva histórica, se revelan como poderosas fuerzas de cambio. Estas fuerzas, articuladas a una comprensión cada vez más profunda de los Derechos Humanos, han contribuido y lo seguirán haciendo, a la materialización del anhelo democrático y humanista. Han hecho visible e impugnado el orden patriarcal, este sistema de sexo/género que subordina a las mujeres y consagra profundas desigualdades entre mujeres y hombres.

Las democracias latinoamericanas concedieron el derecho a voto a las mujeres -en su mayoría- recién entre 1945 y 1955, tras largos años de lucha muchos de ellos. Desde entonces se incorporaron -con lentitud- a la función pública, a los distintos poderes de Estado y a todos los ámbitos del quehacer nacional, representando hoy día, en casi todos los países algo más de la mitad del electorado. Ello da cuenta de uno de los procesos más significati-

¹ Socióloga, Subdirectora Académica de FLACSO-Chile.

vos con que finaliza el milenio y que sintetiza otros procesos -económicos, sociales y culturales- que convergen hacia un concepto de ciudadanía universal, basado en los derechos humanos reconocidos por todos los países del planeta.

A contar de los años 50, la vida de las mujeres latinoamericanas experimentó profundas transformaciones. Destacan, entre otras, el aumento de la esperanza de vida femenina, que varió desde los 53,5 años en el quinquenio 1950-1955, a una proyección de 71,4 años para los años 1990-1995, alterando la percepción subjetiva y la experiencia de la vida individual así como la organización de las familias; la reducción del número promedio de hijos, de 5,9 hijos por mujer en 1960 a 3,1 en 1992; el mayor nivel educacional y la disminución del analfabetismo; la creciente incorporación y permanencia femenina en el mercado de trabajo que, en algunos países, supera el 40% de las mujeres en edad de trabajar; el mejoramiento de los indicadores de salud y la utilización masiva de anticonceptivos modernos que separan el ejercicio de la sexualidad de la reproducción, y el aumento de la jefatura de hogar femenina, que alcanza a un cuarto de los hogares.

Sin embargo, un examen detenido de las investigaciones y estadísticas disponibles devuelven una imagen de polaridades, heterogeneidad y enormes diferencias entre las propias mujeres, con grandes distancias entre los diferentes países y al interior de cada uno de ellos, particularmente entre las áreas urbana y rural, entre sectores sociales, etnias y generaciones. La mortalidad materna e infantil se mantienen altas en algunos países, especialmente en las áreas rurales de toda la región. Asimismo sucede con la esperanza de vida al nacer, varios años inferior en zonas rurales y poblaciones indígenas. La fecundidad se mantiene elevada en esos mismos ámbitos y el analfabetismo femenino, que inhibe la plena integración a la sociedad y la cultura, aún muestra valores muy superiores en áreas rurales y grupos étnicos, superando en varios puntos a los varones. Las mujeres de los pueblos originarios sufren peores condiciones de discriminación y pobreza, reuniendo en su vida las subordinaciones de raza, género y clase. La incorporación al mercado de trabajo está denegada o es más precaria para las mujeres de los sectores más pobres, quienes mayor necesidad tienen de contar con ingresos, pero no logran compaginar familia y trabajo al no contar con apoyo a sus tareas reproductivas ni encontrar trabajos dignamente remunerados. Las jóvenes de hoy, con niveles importantes de escolaridad, no encuentran puestos de trabajo acordes con ellos, situación que los varones sufren en una menor proporción. Las mujeres en edad fértil son discriminadas por los empleadores aduciendo mayores costos por maternidad.

Estos cambios y las heterogeneidades mencionadas tienen raíces culturales e históricas profundas, pero se ven agudizados por una diversidad de procesos que se despliegan tanto a nivel nacional como internacional.

En lo económico, la "modernización" que recorre el mundo ha sido vivida, en América Latina, en forma desigual. Las crisis de las últimas décadas, especialmente la de los ochenta, causaron estragos en los diferentes países. Los gobiernos reaccionaron poniendo en práctica sistemas de ajuste económico que han extendido la indigencia, acentuado las diferencias entre ricos y pobres y obligado a buscar nuevas formas de sobrevivencia, en las que se involucran mayoritariamente las mujeres. Las fórmulas políticas y económicas implementadas por los gobiernos varían y así también los resultados y el impacto en la situación y en su vida. Ellas han debido reemplazar en una medida importante la labor del Estado en los servicios, asumiendo el costo de esas crisis, organizándose, actuando individual o colectivamente y creando estrategias de subsistencia. El resultado es la amplia red de organizaciones de base que se multiplican al ritmo de la necesidades en cada comunidad, barrio, población, villa o pueblo. Más allá de los mandatos tradicionales que las relegan a la maternidad y la familia, miles de mujeres han roto con la reclusión doméstica e incorporado, en virtud de esos mismos mandatos de velar por su familia, a diversas actividades económicas o de servicios. Estas actividades las han cambiado a ellas, han transformado su vida y la de su grupo familiar.

La expansión de los mercados a que asistimos ha requerido -en todo el mundo- una mayor incorporación femenina a la fuerza laboral, abriendo oportunidades de trabajo de diverso tipo. La consagración de las economías de corte neoliberal, sumada a las consecuencias de la crisis económica de los años 80 y los programas de ajuste estructural, ha colocado a las mujeres en un rol estratégico para el mejoramiento de las condiciones de vida en extensos sectores de la población empobrecida y excluida. Crecientemente es su integración a actividades remuneradas lo que permite a aquellas familias satisfacer sus necesidades básicas, como lo revelan algunos estudios, especialmente los de la CEPAL. Ello se relaciona, tanto con el aumento de ingresos, como con el hecho que -en su mayoría- las mujeres destinan la totalidad de sus ingresos al bienestar familiar.

En el ámbito político, la emergencia -en los años 70 y 80- de guerras civiles y regímenes autoritarios o dictatoriales en buena parte de la región, con su secuela de inseguridad, represión, muerte, desplazamientos y exilio, afectó la situación sociopolítica general y la acción colectiva de las mujeres, en particular. Bajo la vigencia de estos regímenes, cientos de mujeres buscaron a sus familiares detenidos y desaparecidos y defendieron los derechos humanos, conformaron movimientos sociales para su defensa y promoción, colaboraron activamente a la paz y la restauración democrática.

Muchos de estos movimientos se mantienen vigentes hasta el día de hoy dando seguimiento a estas luchas. Destacan, entre otros, las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo de Argentina, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Chile.

Los años 80 vieron el auge de los movimientos de mujeres, conformados por innumerables iniciativas colectivas -grupos y organizaciones sociales, organismos no gubernamentales, redes, etc.- de vertientes diversas, que fueron confluyendo, en muchos países, en un movimiento amplio de mujeres. Este movimiento se reveló como un nuevo actor social y político que demandaba cambios hacia la equidad y la justicia social. Su aporte a las luchas democrática es indiscutible y se tradujo en la incorporación de su agenda a los programas de los nuevos gobiernos con prioridades y políticas públicas destinadas a mejorar la condición femenina.

Todos estos procesos han ido acompañados por poderosos cambios en el ámbito de las identidades y proyectos de vida de las mujeres latinoamericanas. Desde una identidad centrada en la maternidad y en los roles reproductivos tradicionales, han desarrollado crecientemente nuevas maneras de ser/hacer mujer, explorando otros proyectos, más allá de la formación de una familia. El desarrollo personal, laboral y profesional, el desarrollo comunitario, la participación social y política pasan a articularse con el proyecto maternal influyendo poderosamente en la reducción de la fecundidad y el número de hijos que se desea tener. Un nuevo concepto de ser mujer -para si misma y no sólo para otros- y la aspiración a cierta calidad de vida o el anhelo de una vida más placentera, se suman a las duras exigencias que la situación económica impone hoy día a una gran mayoría. La experiencia de participación en espacios públicos -trabajo, organizaciones sociales, actividades políticas- ha tenido como resultado la elevación de la autoestima en muchas mujeres, una mayor autonomía -no siempre en lo económico- y una nueva percepción de poder personal (empoderamiento). Ello ha favorecido la multiplicación de iniciativas y búsquedas de las mujeres, siempre deseosas de aprender y de contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de sus seres queridos.

Muchas mujeres han ampliado su ámbito de acción, desempeñando nuevos papeles en el quehacer comunitario y social. Si tradicionalmente fueron el pilar de familia, muchas ahora aportan a otras esferas de la sociedad, extendiendo su quehacer y responsabilidad social. Las redes familiares y comunitarias, que muchas veces reemplazan la protección social del Estado, se sustentan en el quehacer de las mujeres. A nivel familiar, son muchas las proveedoras únicas o principales y otras contribuyen en forma decisiva al sustento del hogar.

No obstante, las exigencias objetivas y subjetivas que hoy día enfrentan las mujeres tienen consecuencias en su salud psicológica. Se ha hecho

frecuente el estrés y diversas conductas asociadas a éste, como son el tabaquismo, el consumo de tranquilizantes y las depresiones.

Por otra parte, la modernización avanza -año a año- más allá de la economía y de los acuerdos de los gobiernos, penetrando la sociedad y la cultura. Con ello, nuevos patrones culturales y posibilidades de consumo inundan los medios de comunicación globalizados junto a las modernas tecnologías -a las que van accediendo crecientes segmentos de la población- ofreciendo alternativas de conductas y relaciones sociales. Estos presionan también a las mujeres que se han vuelto consumidoras por excelencia y a quienes está dirigida en gran medida la propaganda comercial.

Se producen así cambios valóricos, de significados e identidades, a nivel de las personas y en las familias. Ha aumentado con ello la tensión en la tradicional "división sexual del trabajo": los varones, proveedores, a cargo de las actividades productivas, actuando en el mundo público, y las mujeres, madres, esposas y dueñas de casa, a cargo de las actividades reproductivas, preferentemente en el mundo privado. Este ordenamiento, que ha dejado a las mujeres en una situación de desventaja por decenios, se ve cuestionado por la creciente presencia de mujeres en los espacios y tareas tradicionalmente masculinos, y por el surgimiento de cursos de acción alternativos para ambos sexos. La globalización cultural favorece una revisión de estos patrones, toda vez que las experiencias de los países del norte, en especial los nórdicos, muestran notables niveles de participación femenina en todos los ámbitos de la vida social, así como la incorporación masiva de los varones a tareas consideradas privativas de las mujeres hasta hace poco tiempo.

La integración femenina al trabajo remunerado ha obligado a cierto reacomodo de las tareas asignadas tradicionalmente por la sociedad y la cultura a mujeres y hombres: varones en la producción y el poder y las mujeres en la reproducción, pero este proceso no ha traído consigo en forma automática un mejoramiento de la situación de las mujeres en la sociedad, ni un cambio en las relaciones entre mujeres y hombres, las que mantienen el mismo patrón de subordinación desde hace siglos. Compartir la crianza y cuidado de los hijos es una aspiración creciente de las mujeres que se hace efectiva en las generaciones más jóvenes de sectores medios. Esta se ve fortalecida por las imágenes que proyectan otras sociedades a la cultura global. En los países latinoamericanos, la forma dominante de vivir la masculinidad deviene en una poderosa barrera al cambio de la posición de las mujeres: el poder y el trabajo son territorios en los que se validan las identidades masculinas. El ingreso creciente de las mujeres a estas esferas pone en cuestión las bases de la autoridad masculina, en especial a nivel doméstico. La violencia doméstica y sexual no es sino la expresión extrema de las fuertes tensiones que viven las relaciones entre los géneros. El *machismo* pierde

terreno en los discursos varoniles y como elemento de identificación, pero en la percepción de las mujeres continúa siendo el patrón principal de conducta de la mayoría de ellos. Los cambios que se observan en sectores de varones son incipientes, mientras las mujeres avanzan a grandes trancos en un proceso individual y colectivo que cruza sus expectativas, proyectos y acciones en todos los sectores sociales.

En el ámbito internacional, el proceso impulsado por Naciones Unidas desde 1975, con la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer, también ha alimentado las transformaciones mencionadas. Esta acción ha apuntado hacia la “eliminación de toda forma de discriminación contra las mujeres”, tarea a la que se han comprometido todos los países de la región al ratificar la Convención del mismo nombre (1979), y también a la plena incorporación de las mujeres en el desarrollo. Dicha Convención fue elaborada al comprobarse que, a pesar de la vigencia de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), las mujeres seguían siendo objeto de importantes discriminaciones, violándose sus principios y normas. Ello dificulta la participación de las mujeres en igualdad de condiciones con el hombre en la vida política, social, económica y cultural de cada país, constituye un obstáculo al aumento del bienestar en la sociedad y entorpece el pleno desarrollo de las capacidades de las mujeres para aportar a su país y a la humanidad, aporte indispensable para el desarrollo integral de los países.

Las Conferencias y Cumbres de los años 94 y 95, culminaron con la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing) que sintetizó el conjunto de compromisos adquiridos en todas ellas, anteriores plasmándolos en una Plataforma de Acción Mundial. Contó con la más alta participación conocida en la historia de estos eventos y en ella se hicieron presentes tanto los gobiernos como un poderoso movimiento de mujeres que logró, de distintas maneras, la inclusión de su propia agenda política en dicha Plataforma. Las mujeres latinoamericanas jugaron un rol importante en esos eventos haciendo visible los problemas de la pobreza, la falta de recursos para la promoción de más mujeres y los déficits de participación en la toma de decisiones.

Ello es una expresión de que la lucha de las mujeres por el mejoramiento de su condición no ha cesado en América Latina. Más bien, ha adquirido características nuevas a partir de los avances logrados en las últimas dos décadas. El reconocimiento de la discriminación y de las limitaciones que sufren grandes contingentes de mujeres forma parte del sentido común en la mayoría de las países. También está en la agenda pública, en los programas y actividades de los gobiernos nacionales y locales. Asimismo, se instalan los estudios de género en las universidades. Todo ello es expresión de la apertura de nuevos espacios de reflexión y acción en beneficio de las mujeres.

Al mismo tiempo, la acción organizada de mujeres a través de redes temáticas y coordinaciones ha ido cobrando una importancia creciente y nuevos sectores se han articulado en su acción colectiva. Nuevas redes, tanto a nivel de los países como en la región, han adquirido fuerza en los últimos años, como las mujeres indígenas, las trabajadoras del hogar y las mujeres de color.

En este sentido, las mujeres constituyen un pilar fundamental del tejido social que alimenta una democracia sana. Un problema tan agobiante para las mujeres, como ha sido la violencia doméstica y sexual, ha sido puesto en la agenda pública internacional y de los países por las mujeres organizadas y por las redes contra la violencia que han creado en los países de la región. Su capacidad de acción e interlocución con los gobiernos y parlamentarios ha dado origen a gran número de leyes que penalizan la violencia doméstica. La Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (Belem do Pará 1994) vino a coronar la acción constante y eficaz de miles de mujeres de la región.

De este modo, el mejoramiento de la situación de las mujeres ha llegado a formar parte de la agenda pública de todos los países y se formulan políticas e introducen modificaciones a la legislación destinadas a lograr los mayores avances en el menor tiempo. Los Planes de Igualdad de Oportunidades dictados por numerosos gobiernos constituyen un instrumento gubernamental eficaz para dar pasos en ese sentido. Asimismo, las comisiones parlamentarias que abordan los temas de mujer y familia han contribuido crecientemente a los avances existentes.

Sin embargo, a pesar de las notables luchas y contribuciones que hacen las mujeres a la sociedad, se mantienen –en todos los países y con rasgos semejantes– la desigualdad, la discriminación, la invisibilidad y desvalorización del aporte de las mujeres al quehacer social. El sistema de desigualdades de género vigente en la región se refleja en los indicadores. Esta condición empeora conforme se desciende en la escala socio-económica y también en el caso de las mujeres rurales e indígenas.

Por ejemplo, y como lo revelan las cifras disponibles, el aporte que realizan las mujeres al desarrollo económico y en los distintos ámbitos permanece bastante invisible y no se condice con su pobre presencia en las esferas de poder, a pesar de observarse un discreto y sostenido incremento. Una situación a destacar es el impacto de las leyes de cuotas o de cupo que obligan a los partidos políticos a incluir mujeres en sus listas de candidatos para actos electorales. Argentina ha llevado la delantera, pero paulatinamente aumenta el número de países que incorporan a su legislación mecanismos de acción afirmativa (Brasil, Bolivia, Perú, Costa Rica, entre ellos).

El acceso al mercado laboral permanece condicionado por la segmentación que se produce ya en el sistema educacional, en el que se reiteran

prácticas sexistas que refuerzan una socialización temprana en roles “femeninos” tradicionales. Los mayores niveles educativos de la población femenina económicamente activa no se han traducido en una reducción de la brecha salarial, ni en el acceso a puestos de mayor jerarquía laboral. Más bien se han acentuado las diferencias cuando la calificación aumenta. Además, grandes contingentes femeninos se han incorporado al mercado de trabajo informal, caracterizado por malas condiciones de trabajo, inestabilidad, bajas remuneraciones y desprotección social. Si bien las mujeres se sienten orgullosas y empoderadas por estas experiencias, muchas veces las malas condiciones en que desempeñan y las bajas remuneraciones por sus tareas las desaniman y restringen en su posibilidad de acción.

Todo esto representa renovados desafíos que deben enfrentar tanto las mujeres como los actores sociales y políticos comprometidos con la equidad y la justicia social. En efecto, las mujeres organizadas han ido construyendo una agenda en cada país y, a través de organismos no gubernamentales de distinto tipo, han logrado una inserción y participación creciente en los eventos internacionales. En este sentido, cuando ya se cumplen cinco años desde la Conferencia de Beijing, tanto los gobiernos como el movimiento de mujeres se preparan para realizar evaluaciones, primero en Lima, en la Octava Conferencia Regional que se realizará en febrero del año 2000, y después en Beijing +5, en la ciudad de Nueva York.

Sin duda han habido avances en el plano de la legislación y de las institucionalidad para las mujeres, por cuanto todos los países de la región cuentan hoy día con un organismo destinado a la formulación y desarrollo de políticas públicas para mejorar la situación de las mujeres y se han aprobado leyes de alta significación, como la ley que sanciona la violencia doméstica. Asimismo, la mayoría de los países cuenta con Planes Nacionales de Acción o Planes de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres que constituyen una propuesta integral de políticas públicas. No obstante, la crisis que ha asolado nuevamente a la región se traduce en una reducción de recursos que va en detrimento de esos mismos planes y programas.

En este contexto, hay áreas que revisten la primera prioridad para las mujeres en toda la región: en primer lugar, la pobreza y las dificultades de acceso al mercado laboral en buenas condiciones salariales; en segundo lugar, la falta de participación y presencia femenina en cargos de decisión y representación, lo que supone la implementación de medidas de acción positiva, como las leyes de cuota; en tercer lugar, la falta de vigencia de los derechos sexuales y reproductivos; en cuarto lugar, los escasos recursos para las políticas ya definidas por los gobiernos hacia las mujeres, como es la prevención y tratamiento de la violencia doméstica y sexual; en quinto lugar, la incorporación de los derechos adquiridos en las normativas internacionales a la legislación nacional.

Todos estos temas estarán en el debate durante el año 2000 y será tarea colectiva avanzar en la materialización de las utopías democráticas, todavía parte de los sueños al terminar el milenio.

Bibliografía

- Arriagada, Irma (1997) **Realidades y mitos del trabajo femenino urbano en América Latina**, Serie Mujer y Desarrollo N°11, CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL (1995) **Panorama Social de América Latina 1995**, CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL (1997) **Panorama Social de América Latina 1997**, CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL (1997) **Las mujeres en América Latina y el Caribe en los años noventa: elementos de diagnóstico y propuestas**, Serie Mujer y Desarrollo N°18, CEPAL, Santiago de Chile.
- Gómez, Elsa (1997) **La salud y las mujeres en América Latina y el Caribe: viejos problemas y nuevos enfoques**, Serie Mujer y Desarrollo N°17, CEPAL, Santiago de Chile.
- Valdés, T. y E. Gomáriz (coords) (1995) **Mujeres Latinoamericanas en Cifras. Tomo comparativo**, Instituto de la Mujer (España), FLACSO, Santiago de Chile.
- Valdés, T. y J. Olavarría (eds) (1997) **Masculinidad/es. Poder y crisis**, ISIS Internacional, FLACSO, Santiago de Chile.
- Valdés, T. y J. Olavarría (eds) (1998) **Masculinidades y equidad de género en América Latina**, FLACSO, UNFPA, Santiago de Chile.